

# Cuento de Reyes

Los tres reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, cabalgaban por el espacio. Ciudades, pueblos, aldeas, quedaban atrás envueltos en la clara luna de enero. Nadie los veía, aunque todos advertían su paso por la estela de ilusión que dejaban en el mundo infantil —el mundo de los sueños, de la alegría, de la inocencia—. Y cuando hubieron recorrido gran parte del camino, sentáronse a descansar sobre una blanca nube que vagaba solitaria por los cielos. Las estrellas, al notar su presencia, guiñábanse picarescamente, como conocedoras de un simpático secreto. Abajo, en la tierra, veíase la ciudad, con las altas cúpulas de sus iglesias y la gallarda torre del Ministerio, cuyo reloj contaba pausadamente las horas dejando oír, de vez en cuando, la catarrosa voz de sus campanas.

Y dijo Gaspar:

—Pronto, los niños que hoy gozan con nuestros regalos, serán hombres y ya no habrá fiesta de ilusión para ellos.

—¿Por qué nó?— replicó Melchor— El hombre vive de ilusiones.

—Yo he notado —añadió Baltasar—, que no son felices. Muchos ni incluso en su infancia. Cuando niños han de estudiar: su tierna inteligencia se llena de complicadas teorías, de pesados conceptos; cuando mayores han de luchar y trabajar incansablemente.

—Sí, es una pena— comentó Gaspar.

—¿Por qué no hacemos algo por ellos?— inquirió Melchor.

Quedáronse pensativos. Todo el universo, astros, luz, espacio, entonaban esa misteriosa y eterna canción, no captada por oídos humanos, con que las cosas alaban al Creador. El viento movía, en suaves ondulaciones, los copos de algodón de la nube.

Y dijo Baltasar:

—No hay duda sobre lo que a los hombres entristece: la necesidad, la miseria. Volquemos nuestras arcas de oro y abundancia sobre ellos; serán felices con este regalo.

Su voz, potente, majestuosa, fué recogida por el viento que rápidamente la transmitió por todos los confines.

Amaneció un día nuevo, un día único; los problemas de los hombres, económicos unos, sentimentales otros, se solucionaron como por arte de magia; la diosa Fortuna repartió complacida sus apetecidos do-

nes sobre todos; la Abundancia derramó sin tacañería sus benéficos y sazonados frutos. Y todos los seres humanos se entregaron por completo a sus alegrías. El mundo parecía cambiado.

.....

Pasaron varios años y los tres reyes volvieron a sentarse sobre una blanca nube y volvieron, desde allí, a contemplar la tierra que, nuevamente, se hallaba sumida en tristezas e infelicidad. ¿Qué habrá ocurrido?, se preguntaron atónitos. Entonces, Gaspar, marchó a indagar lo sucedido. Cuando hubo regresado sus compañeros le rodearon curiosos.

Habló así:

—Por querer el bien de los hombres, por desear hacerlos felices dándole lo que apetecían, hemos labrado su más horrible desdicha; la riqueza que otorgamos ha hecho de ellos unos seres egoístas; la abundancia ha traído consigo la molicie, el vicio, la corrupción; como todos sus deseos se han visto satisfechos y han gozado sin tasa, el más torturador hastío les ha invadido. Unos a otros se odian y sólo en la destrucción y en la muerte encuentran morboso placer. Hoy la tierra es como inmenso infierno.

Un lúgubre silencio siguió a estas palabras. Luego, Baltasar, dijo:

—Complicada, en verdad, es el alma humana. Sufrir si no alcanza lo deseado, no es feliz si lo consigue.

—Pero con todo —habló Gaspar—, tenían más conformidad, más ilusiones antes; dentro de sus miserias y padeceres, eran mejores y más dichosos; deseaban con más ansias vivir.

—Pues entonces —sentenció Melchor— que vuelvan al pasado. ¡Diosas Fortuna y Abundancia, recoged vuestros frutos!

Y allá abajo, en la tierra, renació otra vez la Miseria, la Desgracia, el Dolor.

Michel.

